

# La epopeya de la clausura

## Antifilosofía y velocidad

Christopher Domínguez Michael

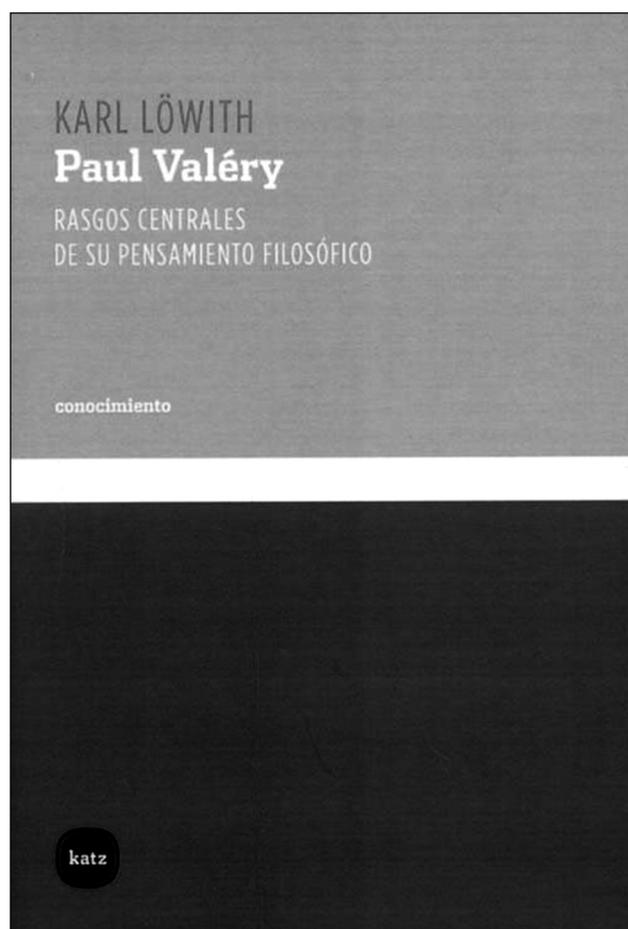
En la historia de las relaciones confanzudas, incestuosas y a ratos crueles entre la literatura y la filosofía, el libro que Karl Löwith (1897-1973) le dedicó a Paul Valéry, ocupa, me imagino, un sitio extraño. Löwith, uno de los bienamados discípulos de Heidegger que rompieron con él no sólo por contrariedad ante su nazismo sino por razones filosóficas, se descubre ante Valéry, cuya “anti-filosofía” admira en su excepcional pureza. Löwith, experto en la filosofía de la historia desplegada entre Hegel y Nietzsche, encontró en el desdén de Valéry por la historia una justificación intelectual y una fuente de piedad. Es de notarse que el filósofo alemán le haya reservado al

poeta francés la forma más humilde del homenaje filosófico, el comentario exegético. *Paul Valéry. Rasgos centrales de su pensamiento filosófico* (Katz Editores, Buenos Aires, 2009), publicado por primera vez en español, es una antología apenas anotada hecha por Löwith como pensando en la posibilidad trágica y traviesa de que toda la obra de Valéry pudiera desaparecer. Esa obra se salvaría, en esas hipotéticas circunstancias, gracias al noble librito de Löwith.

No estamos, entonces, ante un tratado, como lo son, de Löwith, *Historia y salvación. Los presupuestos filosóficos de la teoría de la historia* (2006) y *De Hegel a Nietzsche. La quiebra revolucionaria del pensamiento*

*en el siglo XIX* (2009), también vertidos al español por Katz. Este *Paul Valéry* del filósofo de Marburgo es una introducción, en cinco capítulos, al pensamiento, generalmente desdeñado por la filosofía profesional, del poeta: se examinan su cartesianismo, sus reflexiones sobre el lenguaje y la historia (y la historiografía), sus ideas sobre la totalidad y la comparación entre la obra humana y los productos de la naturaleza, para la cual Löwith reprodujo, casi íntegramente, “El hombre y el caracol”, de Valéry, su famoso estudio filosófico.

Me falta toda la filosofía del mundo (aunque para Valéry el mundo es sólo ornamento según la etimología latina de la



Karl Löwith

palabra) para entender la fascinación morosa de Löwith por Valéry. Comparto, pese a ello, algunas de mis notas: el poeta francés es cartesiano y anticartesiano a la vez, era un escritor que sabía muchísimas matemáticas y fue el único preparado, entre los literatos de su tiempo, para recibir a Einstein. También destacaba Valéry a los ojos de Löwith por ser un escéptico atrevido: es decir, que se atrevía a preguntarse si Platón y Spinoza, una vez refutados, seguirían valiendo como filósofos o sobrevivirían por la pertinencia de la forma que forjaron para expresarse.

Löwith —lo apunta Enrico Domaggio en *Una sobria inquietud. Karl Löwith y la filosofía* (Katz, 2007)— viajó él mismo de lo abstruso a lo sencillo, tránsito purificador en el cual su exilio en el Japón antes de la Segunda Guerra Mundial le fue de gran

utilidad, lo *azenó*, obligado como estaba a explicarle a su estudiantado nipón, por ejemplo, que en Occidente la rebeldía ante los maestros —como la suya ante Heidegger— era la consagración del discípulo mediante un arte marcial, la autocrítica.

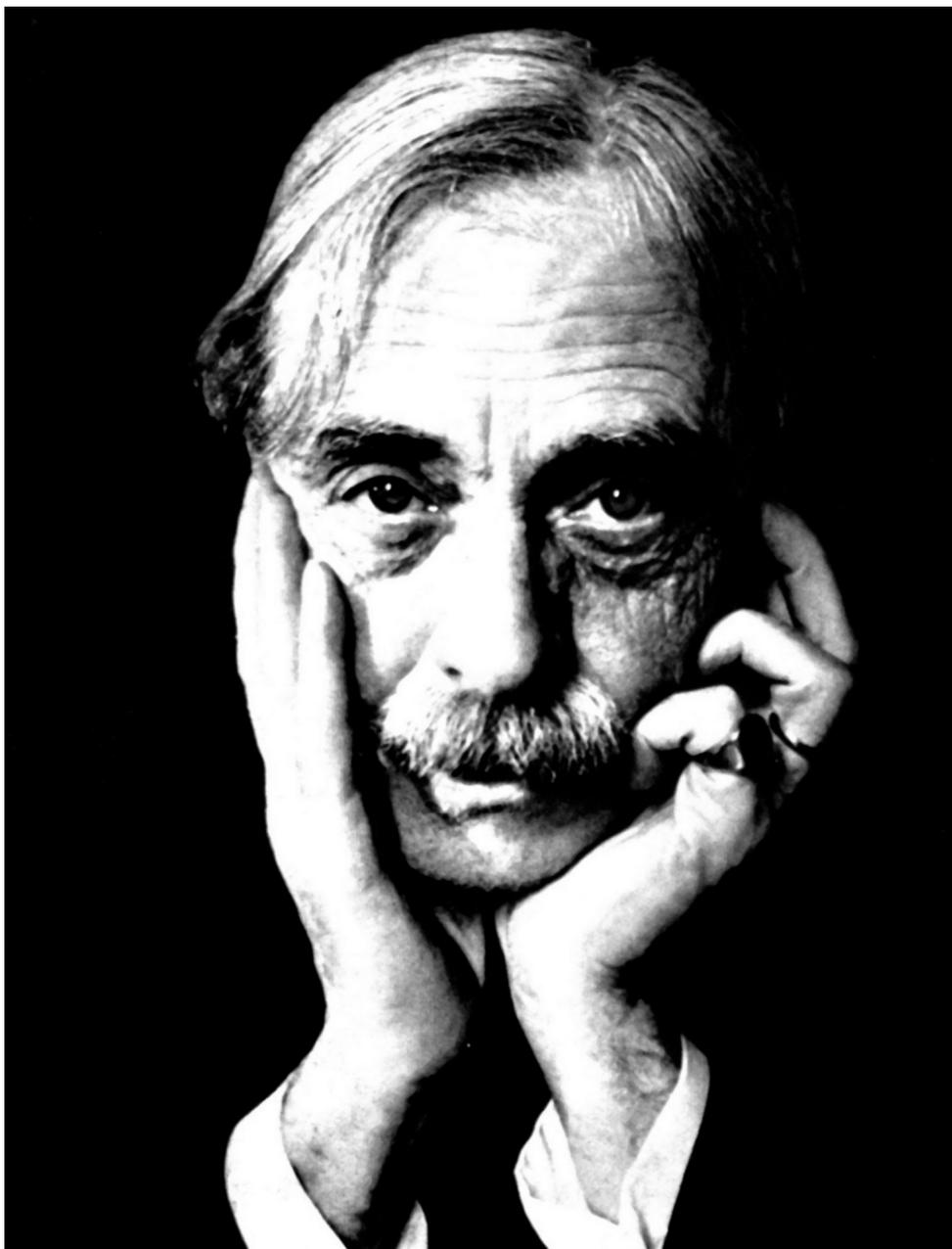
Destaca Löwith, mediante su selección, varias de las paradojas propuestas por Valéry. Escojo una sola, que leo como una justificación de la necesidad de escribir biografías y de leerlas, lo cual parecería herético, inadmisiblemente, para Valéry: “Los acontecimientos son casi lo único que puede registrar la historiografía. Pero si se redujera la vida de una persona a los hechos más sobresalientes y fáciles de determinar (su nacimiento, sus pocas vivencias extraordinarias, su muerte), se perdería de vista la textura de su vida. ¡Reducir la vida a un

resumen! Únicamente lo contrario podría tener valor”.

Si no interesa Löwith —difusor de algunas comparaciones decisivas para el siglo XX: Nietzsche y Kierkegaard, Weber y Marx— interesará este *Paul Valéry* (1971) como introducción a la mente del poeta, a su arte de pensar. Recopilados tardíamente, en los años sesenta, como una suerte de testamento de Löwith, estos fragmentos valerianos también recogen el cariz profético del poeta, lo cual nos interesa, supongo, a los lectores de periódicos electrónicos en el siglo XXI.

A pesar de que tenía por rutina oficial homenajearlo, Valéry (1871-1945) no sabía gran cosa de Goethe pero le encantaba que éste hubiese definido a la modernidad como la época *velociferina*. Y al respecto redactó Valéry algunas meditaciones fáusticas (en *Política del espíritu*), que Löwith recoge y las cuales competirían, audaces, con muchas de las opiniones que solemos proferir en la actualidad, aduciendo que necesitamos de “emociones breves y bestiales”, víctimas aquí y ahora de la “incoherencia”, sometidos a un “trabajo del espíritu demasiado fácil”, presas del “desorden mental”. Insiste Valéry: “Se han creado símbolos. Existen máquinas que dispensan de la atención: cuanto más avancemos, tanto más se multiplicarán los métodos de simbolización y grafía rápida. Estos métodos tienden a suprimir el esfuerzo de razonar [...] El hombre moderno se embriaga de disipación. Abuso de velocidad, abuso de luz, abuso de tónicos, de estupefacientes, de excitantes... Abuso de frecuencia en las impresiones; abuso de diversidad: abuso de resonancia; abuso de facilidades; abuso de maravillas, abuso de esos prodigiosos medios de actividad, por artificio de los cuales se ponen bajo el dedo de un niño efectos inmensos”.

En un rincón de *Cahiers* —su colosal obra privada—, Valéry dijo que aguardaba la llegada de un alemán para acabarle de dar forma a sus ideas. Es probable que Löwith haya sido su aguardado escoliasta germánico. Ello no quiere decir que Karl Löwith ignorase las limitaciones de Valéry, su amateurismo, su docta y propicia ignorancia de muchos clásicos. Como Descartes, Paul Valéry fue un filósofo que había leído, por fortuna, pocos libros de filosofía. **U**



Paul Valéry